

Saber, pensamiento y metodología en los bolcheviques

Know, Thought and Metodology in Bolsheviks

Serguei Kará-Murzá

Instituto de Investigaciones Sociales y Políticas. Academia de Ciencias de Rusia

Traducción de Antonio Fernández Ortiz

La Revolución de Octubre en Rusia fue un acontecimiento de alcance mundial. Muchos historiadores y pensadores consideraron que fue el acontecimiento más importante de todo el siglo XX. La URSS influyó en todas las civilizaciones: despertó en Occidente la necesidad de girar hacia la construcción del Estado social; durante un tiempo neutralizó la tentación del fascismo; ayudó a desmontar el sistema colonial e hizo grandes aportaciones a la conciencia nacional y al fortalecimiento de las civilizaciones de Asia en su forma contemporánea.

La URSS fue para toda la internacional fascistoide como un hueso en la garganta. Ya en su primer estadio de realización el sistema soviético mostró en el curso de difíciles pruebas y errores que es posible la existencia de las sociedades sin la división en elegidos y miserables. Demostró que es posible la existencia de la humanidad construida como una familia, como una “sinfonía” de pueblos, y no sobre la base de un apartheid mundial.

La derrota de la URSS fue un duro golpe para estas esperanzas. No habiendo recibido de las generaciones anteriores una teoría del sistema soviético, la sociedad y el Estado no fueron capaces de percibir las amenazas en ciernes y comenzaron a cometer errores. Además, las ideas de dominación, explotación y apropiación introducidas en la cultura durante siglos resultaron ser muy fuertes (¡pero no indestructibles!). Ahora, para todos nosotros es importante comprender

nuestros errores y fracasos. Debemos entender qué cosas son absolutamente imprescindibles para nuestra vida, qué es lo deseable y qué es lo necesario, de qué cosas podemos prescindir y de cuáles no. Comprender las fuentes de nuestra fuerza y de nuestra extraordinaria vulnerabilidad. En la elección y construcción del tipo de vida posible será completamente imprescindible conocer la experiencia del sistema soviético, incluyendo la experiencia de su catastrófica derrota.

No se trata de la vuelta a “aquel” sistema soviético. Eso es imposible y nadie lo necesita. ¿Para qué, para volver a reproducir a Mijaíl Gorbachov y a Boris Yeltsin? El saber sobre el sistema soviético es imprescindible porque en adelante volveremos a movernos a ciegas si no lo comprendemos bien. Un sistema que, por cierto, no ha muerto, sino que, gravemente herido y mutilado, se encuentra oculto en las catacumbas. Comprender el sistema soviético significa ya de principio ganar una campaña completa en la guerra con aquellos que se esforzaron y se esfuerzan en cegarnos en nuestro camino.

Al final del siglo XX la destrucción de la URSS significó una catástrofe de alcance mundial que dio pie a Occidente, bajo la dirección de los Estados Unidos de Norteamérica, para comenzar un gran programa de reestructuración del orden mundial. La doctrina de este programa de reestructuración está fundamentada en la utopía de la construcción de un nuevo orden bajo la hegemonía de la civilización occidental, lo que tendrá terribles consecuencias para la mayor parte de la humanidad.

Lo principal es que estos dos acontecimientos son especialmente fundamentales para nosotros. Aunque Octubre ha retrocedido para muchos y se encuentra envuelta en la niebla de las viejas tradiciones, para nosotros la quiebra de la URSS sigue siendo una realidad ardiente. Ya está claro para casi todos que el caos consecuencia de la destrucción de la URSS no ha llevado a Rusia a un nuevo orden que garantice la vida del pueblo y del país. La población y los poderes actúan improvisando, según las circunstancias, intentando hacer soportables los riesgos y los golpes, pero no hay un futuro a la vista.

Una de las causas de esta situación es que conocemos muy mal aquella revolución de la que nació la Unión Soviética. Tenemos un vacío en el saber. No hemos sido conscientes de que sus rugidos y convulsiones, que oímos y sentimos, son parte de un largo proceso. En realidad, podemos decir que la “revolución” antisoviética de los años 80 del siglo XX y los estragos que provocó, son un episodio más de dicho proceso.

Esto es imposible entenderlo si no estudiamos de forma imparcial dos periodos muy diferentes: uno, el comprendido entre 1905-1955; otro, el comprendido entre 1956 y la actualidad. El paso a la nueva etapa de desarrollo social, a la nueva etapa postestalinina, se produjo en un momento de agudo déficit de conocimiento sobre el sistema soviético.

En el periodo soviético, por una determinada serie de causas, la descripción y explicación de su sistema adquirió una forma simplificada y en mucho incorrecta. A partir de la perestroika, ya sin escrúpulos, adquirió una forma especialmente destructiva.

Para la destrucción de la URSS fue condición imprescindible un estado de conciencia que Yuri Andropov definió como: “Nosotros no conocemos la sociedad en la que vivimos”. No la conocían, ergo no la pudieron defender. En las décadas de los 70 y 80, el desconocimiento se convirtió en incomprensión y después en hostilidad, que derivó en una parte de la elite hasta la paranoia. El desconocimiento llevó a la propia sociedad a la incapacidad para percibir los riesgos provocados por las actuaciones llevadas a cabo para el cambio de sistema social durante la perestroika.

Cuando quedó revelado el verdadero rostro de la perestroika, muchos grupos pequeños comenzaron de forma urgente a estudiar la revolución rusa, ya desde la nueva experiencia. En los últimos 25 años hemos llegado a comprender mucho. Quedan todavía una serie de enigmas por aclarar, pero incluso para ellos existe ya una metodología. Por desgracia el antisovietismo y el anticomunismo desvían del nuevo saber. No conviene hacerles el juego, y renegar de este conocimiento es absurdo. En este artículo, de forma breve y esquemática, nos vamos a acercar a una cuestión particular pero muy importante: el sistema metodológico de los bolcheviques.

Durante todo el siglo XX Rusia vivió en el campo de fuerza de una gran concepción del mundo que podemos llamar “comunismo ruso”. Por supuesto, los elementos de partida de esta concepción del mundo, de este sistema, se formaron en la cultura rusa y fueron desarrollados por todos los pueblos de Rusia (después, de la URSS) adaptándolos a sus tipos culturales étnico-nacionales. Así apareció el sistema soviético y el comunismo soviético. Pero no vamos a debatir sobre los matices étnico-nacionales de este fenómeno, y lo llamaremos por el nombre que nos indican sus orígenes. Podemos llamarle bolchevismo, pero este nombre sólo englobaría una parte del proceso ya que en el seno del bolchevismo había también un fuerte componente “cosmopolita” que pasó a la oposición y se

enfrentó al comunismo ruso, dando lugar a un duro conflicto con gran cantidad de víctimas en los años 30.

El comunismo ruso es el resultado de la confluencia de muy diferentes corrientes, todas ellas imprescindibles, pero en algunos momentos enemigas unas de otras. Las ciencias sociales soviéticas nos ofrecieron un modelo dulcificado, casi infantil, de este fenómeno. En su forma más simplificada y esquemática el comunismo ruso puede ser presentado como la síntesis de dos grandes bloques que comenzaron a confluir y unirse en el curso de la revolución de 1905-1907 y se convirtieron en un todo único en vísperas de la guerra Patriótica (y si afinamos, después del año 1938).

El primer bloque se corresponde con lo que Max Weber, siguiendo los pasos de Marx, pero de forma más concreta, llamó “comunismo campesino comunitario” (a veces lo llamaba “comunismo campesino arcaico”). El segundo bloque se corresponde con el pensamiento socialista ruso que a principio del siglo XX tomó el marxismo en calidad de ideología propia, aunque en el marxismo ruso se encontraba oculta la consciencia de todos los proyectos rusos de modernización.

Estos dos bloques eran parte de la cultura rusa y los dos tenían un fuerte componente religioso. Los resultados de su síntesis fueron descubrimientos fundamentales y originales soluciones políticas. Muchos de estos descubrimientos y soluciones procedían de ideas de Lenin que él presentó como novedades tanto a la sociedad rusa como al resto del mundo.

Pero hagamos una pequeña reflexión antes de continuar. Max Weber, estudiando el papel de la Reforma protestante en el establecimiento del capitalismo moderno, siguió atentamente los acontecimientos que marcaron el principio de la revolución rusa. Él introdujo en la sociología el importante concepto de “innovación”, referido a la aparición de nuevas formas sociales y sus nuevas instituciones, es decir, la sociedad en un nuevo estado de formación. La “innovación” puede ser tanto una pequeña como una gran revolución. Una condición objetiva para su aparición es el estado de equilibrio inestable: “todo lo antiguo comienza a agitarse, y todo lo nuevo, todavía en estado de indefinición, se muestra factible y puede ser factible”. Pero no es menos importante una condición subjetiva, el estado del ámbito espiritual del grupo de los pioneros (de la vanguardia).

Weber avanzó una importante tesis: la propuesta de una innovación que da lugar a una nueva estructura exige de la colaboración (sinergia) del esfuerzo racional y del impulso irracional. En otras palabras, consideraba que es imposible describir la sociedad solamente con marcadores sociales y económicos y que los

componentes sociales y psíquicos están estrechamente unidos a los sociales y económicos.

Weber llamaba carismáticas a las grandes innovaciones llevadas a cabo en una situación de alta tensión espiritual. Consideraba que tales innovaciones no tienen una naturaleza histórica y que no se expresan a través de procesos sociales e históricos habituales, sino que son diferentes a los estallidos y cambios que tienen lugar en las sociedades estables. La “innovación” es una insurrección cognitiva, un proyecto de cambio del cuadro del mundo, y bajo su bandera se agrupan las personas que buscan la verdad y la justicia. Como expresó Weber, el grupo carismático se organiza bajo “principios comunistas”. Es más, consideraba que los estallidos y cambios carismáticos en la sociedad no son motivados por intereses económicos, sino por los valores: “El carisma es el poder del tipo antieconómico”, de aquel que ha renunciado a todo compromiso con las necesidades de cada día y con sus ventajas”.

Weber concluyó sus anotaciones sobre la revolución rusa con un emocionado llamamiento a los alemanes: “La presión de la creciente riqueza junto con la costumbre de pensar en la “política real”, impide a los alemanes percibir de forma sensible la ruidosa, excitada y nerviosa naturaleza del radicalismo ruso. Sin embargo, desde todos los puntos de vista, no debemos, a pesar de todo, olvidar que lo más perdurable que nosotros hemos ofrecido al mundo se lo dimos cuando éramos un pueblo anémico apartado del mundo, y que los pueblos “saciados” no hacen florecer ningún futuro”.

El comunismo de las comunidades campesinas en Rusia se alimentaba de la “religión ortodoxa popular”, no del todo de acuerdo con la Iglesia oficial y que dio lugar a muchas herejías. Este comunismo tenía como ideal la *ciudad-Kitezsh* (grad-kitezsh), una herejía del Reino de Dios en la Tierra. Por otro lado, los socialistas en Rusia eran fieles al ideal ilustrado de progreso y socialismo.

La revolución de 1905 fue protagonizada por el comunismo comunitario campesino, prácticamente sin influencia del bloque socialista. Su espejo fue León Tolstoi, expresión de la percepción del mundo de los campesinos. Tras la revolución de 1905 tuvo lugar un cisma irreversible en el seno de los marxistas rusos (agrupados en el partido socialdemócrata) y la parte “más rusa” pasó a formar parte del comunismo campesino. Fue a partir de este momento en el que apareció el concepto “unión de la clase obrera y el campesinado”, que por cierto era una herejía para el marxismo. Y apareció el bolchevismo, primera fase del comunismo ruso.

La unión en el comunismo ruso de dos bloques, de dos concepciones del mundo con dos matrices diferentes, fue un caso único en la sociedad rusa. Ninguna otra orientación política importante tuvo semejante estructura. No la tuvieron ni los populistas, ni sus herederos los socialistas revolucionarios (ESER), ni los liberales (Kadetes), ni los conservadores-modernizadores (Stolipin), ni los conservadores-reaccionarios (Centurias Negras), ni los anarquistas (Majnó). Al mismo tiempo, el bolchevismo incorporó en su seno importantes aspectos de todos estos movimientos, por lo que tras la guerra civil se incorporaron a la reconstrucción soviética importantes cuadros dirigentes de estos partidos.

La estructura innovadora de la revolución soviética contenía la síntesis de la modernidad (el industrialismo) y de la tradición comunitaria de una civilización agraria, síntesis que cerró durante casi todo un siglo el cisma en el seno de la intelligentsia, dividida en la búsqueda de la identidad de Rusia (qué tipo de civilización). Yu. V. Kliuchnikov, redactor de la revista "Smena vej", explicó en la emigración (en 1921) que los bolcheviques "no son eslavófilos y no son occidentalistas, sino una extraordinaria y profunda síntesis, dictada por la vida, de nuestro eslavofilismo y nuestro occidentalismo".

¿Para qué son necesarias estas excavaciones, esta arqueología? El comunismo ruso, especialmente en esa primera etapa que es llamada bolchevismo, es ya una asignatura de la historia. Sin embargo, surge una pregunta: ¿podemos en la sociedad actual utilizar la experiencia de los bolcheviques y de aquellas formas sociales que ellos crearon para la resolución de problemas actuales? Ahora podemos ver este asunto de la siguiente manera: el bolchevismo nació y llegó a ser una fuerza organizadora de los procesos sociales en el momento de ruptura de la continuidad en el desarrollo de la civilización de la Edad Moderna, en el curso del conflicto global de las sociedades tradicionales con la modernidad del sistema capitalista mundial. Esta modernidad, ya en la forma de imperialismo, atacó a todas las sociedades no occidentales y en el curso de este conflicto ella misma explotó en una gran catástrofe en los cimientos de su propia civilización, en forma de Primera Guerra Mundial, fascismo y Segunda Guerra Mundial.

El bolchevismo, engendrado como proyecto de liberación de las masas explotadas y oprimidas en Rusia, se vio inmediatamente envuelto en esta catástrofe global. Resultó que las grandes contradicciones sociales de Rusia no podían ser resueltas o al menos aliviadas si no se conseguía salir de la trampa histórica del capitalismo periférico a la que Rusia había sido empujada por el capitalismo central.

La realización del proyecto del comunismo ruso exigía la toma de conciencia de la naturaleza de la catástrofe a la que había empujado al mundo la crisis general del capitalismo. El cuadro del mundo de la Ilustración y de sus principales teorías sociales (liberalismo y marxismo) habían envejecido. Eran teorías mecanicistas, que entendían la sociedad como una máquina estable de movimiento de masas. A principios del siglo XX este cuadro del mundo clásico entró en crisis, la cual rápidamente alcanzó a las ciencias sociales. Las nuevas posibilidades cognitivas de un cuadro del mundo no clásico para la sociedad fueron aprendidas precisamente por el comunismo ruso.

El enfoque que los bolcheviques dieron a los problemas sociales se diferenciaba fuertemente de los enfoques que daban sus enemigos e incluso sus aliados. Esto determinó en gran manera la efectividad de las soluciones y acciones de los bolcheviques. Si hoy día miramos a nuestro alrededor, después de la destrucción del comunismo ruso, ¿dónde vemos, aunque sólo sea en forma de embrión, un tipo de pensamiento similar, una inquietud espiritual, un estilo de organización, que pudiera, madurando, resolver los problemas del calibre y dificultad que resolvió el pueblo soviético, guiado por el comunismo ruso? Y el caso es que tales problemas los tenemos ya encima.

El movimiento revolucionario y la ciencia, dos fenómenos muy próximos en la historia rusa, ejercieron uno sobre el otro una gran influencia metodológica. Los dos eran una forma de servicio a la sociedad (una especie de apostolado) y muchos revolucionarios en el exilio e incluso en las celdas de aislamiento en las cárceles, de forma natural pasaban a dedicarse a la ciencia. A principios del siglo XX, en este caldo de cultivo, pronto comenzaron a destacar los bolcheviques, y en ellos comenzó a tomar forma un nuevo cuadro del mundo.

El marxismo, como también el liberalismo, partía en lo principal de la “ciencia del ser”, de la ciencia clásica del siglo XIX, en la que el proceso histórico era entendido como una secuencia de estados de equilibrio. Por ejemplo, la economía política, desde Adam Smith, tomó como base la analogía del modelo mecanicista de Newton del mundo en equilibrio. Sin embargo, son muy frecuentes los periodos en que la ciencia presta una especial atención a los fenómenos de ruptura de las situaciones de equilibrio (es decir, las crisis y las catástrofes), a la transformación del orden en caos y al nacimiento de un nuevo equilibrio. Esta es la ciencia que podíamos llamar “ciencia del establecimiento”.

Lenin, profundizando durante la revolución de 1905 en los problemas de la crisis de la concepción del mundo por la ciencia tradicional, introdujo en el pensamiento del partido los principios de la “ciencia del establecimiento”. En

esta concepción del mundo “no clásica” el proceso histórico era presentado como explosiones y catástrofes, como irreversibles transformaciones de los estados de equilibrio. Los pensadores bolcheviques partieron, hablando en un lenguaje moderno, de la concepción del proceso social como un gran sistema y como una transición “*orden-caos-orden*”.

En su totalidad, hacia 1917, en el programa de los bolcheviques estaba presente la percepción de Rusia como un gran y dinámico sistema en estado de transición y dedicaron una gran atención al análisis estructural de los procesos sociales. A diferencia de la metodología del materialismo histórico, en esta concepción los procesos sociales eran comprendidos como situaciones de equilibrio en movimiento cambiante que son interrumpidos por situaciones de crisis. Esta concepción obligó a concentrar la atención en la dinámica de sistemas, en especial en los momentos de equilibrio inestable y de aparición de situaciones críticas.

Por este motivo en los periodos de transformaciones revolucionarias con la presencia en ellos de una alta indeterminación, las decisiones claves de la dirección del partido de los bolcheviques fueron “perspicaces”, dándole una gran importancia a las acciones “a su debido tiempo”. Esta forma de actuar dio al nuevo gobierno soviético, con el partido bolchevique a su cabeza, un alto y poco habitual dinamismo y una gran adaptabilidad.

El conocimiento tradicional sobre la inestabilidad y las catástrofes, presente de forma implícita en la concepción campesina del mundo de la cultura rusa, permitió en el curso de dos generaciones soviéticas neutralizar de forma significativa la presión del determinismo mecanicista del materialismo histórico. Esta influencia reforzó un aspecto fundamental de la ciencia rusa anterior a la revolución¹: encontrándose en la periferia de la comunidad científica occidental, los científicos rusos no sufrieron la censura ideológica del mecanicismo que prevaleció en Europa. El dogma del equilibrio de los sistemas mecánicos en la ciencia occidental sofocó el interés por las situaciones inestables y en desequilibrio.

¹ En la ciencia rusa de entonces eran muy importantes aquellos que trabajaban en la “ciencia del establecimiento”. D. I. Mendeleev, N. I. Vavilov, las escuelas de aerodinámica, de combustión, etc. Después de Octubre, Lenin conectó este gran recurso cultural con el proceso creativo que de forma latente pasó a las masas. Salir de aquel foso en el que entonces se encontró Rusia fue casi un milagro.

Es importante tener en cuenta el hecho de que la utopía del comunismo campesino, que se unió con la ciencia racionalista en el bolchevismo, fue expresada a través de una actividad altamente organizada que unió a una gran cantidad de gentes, en las que el racionalismo y la creatividad social se unieron con la pasión característica de los ascetas. Inmediatamente después de Octubre entró a formar parte de este sistema la creación científico-técnica, apartado en el que se unieron diferentes tipos culturales como los representados por el cosmista-místico E. K. Tsiolkovskii y el cosmista-científico académico S. P. Koroliov.

En su totalidad, el comunismo ruso desde el primer momento se formó “intelecto-céntrico” y racional. En la elaboración de las decisiones políticas estaba presente la disciplina de pensamiento y el dialogismo del marxismo (exposición clara de las alternativas presentadas por los oponentes). En la metodología de los bolcheviques-intelectuales también estaba presente el componente histórico, una medida adecuada (una clara valoración de los factores incluidos en los análisis), el aprovechamiento del saber tradicional y el control del sentido común. Lo irracional (los valores, la imaginación, los prejuicios, etc.) eran tenidos en cuenta, implícitamente, apoyándose en la experiencia. En la segunda parte del siglo XX la sociedad cambió de forma rápida y con la invasión de lo *irracional* el Estado y la sociedad fracasaron, pero este es un tema especial.

En el periodo de la revolución la ciencia se convirtió en la base de la ideología del partido. Las normas del pensamiento racional eran parte de los textos de Lenin, de los cuales fueron expulsados de forma expresa los mitos y las fantasías. Nuestra desgracia nacional consiste no tanto en que hemos llegado a odiar al Lenin-político, sino en que hemos olvidado la concepción del mundo y el tipo de pensamiento leninista, un tipo de pensamiento que necesitamos desesperadamente, pero que no reaparecerá si en torno a él sigue vertiéndose tanto odio.

Es evidente que fue precisamente Lenin quien realizó el trabajo principal para la creación y promoción del sistema metodológico del comunismo ruso. Pero también es evidente, que sin el contexto cultural en el que crecieron los futuros bolcheviques, y sin la conflictiva experiencia vital que se convirtió en el mecanismo de selección de las personas que se agruparon en este colectivo, las elaboraciones metodológicas de Lenin no hubiesen sido aceptadas, elaboradas e introducidas en la práctica diaria del pensamiento, la palabra y la praxis del movimiento político de masas. Al hablar de Lenin debemos tener en cuenta este aspecto fundamental.

Antes que nada, Lenin fue un pensador, un constructor del futuro y un político virtuoso. En cada uno de estos planos tenemos de qué aprender. Fue un creador-tecnólogo, un *maestro*.

Creó unas sólidas y duraderas construcciones intelectuales y por este motivo estuvo liberado de todo tipo de doctrinarismo. Abordaba los principales procesos y fenómenos y los valoraba en sus justos términos. Por otro lado, analizando en su pensamiento los modelos por él mismo elaborados, descartaba, “derrotaba” una gran cantidad de situaciones probables llevándolas a los límites de lo posible y lo aceptable. No se enamoraba de sus ideas y llevaba la realidad hasta el límite, buscando todos los recursos ocultos en ella. Por este motivo, las principales decisiones de Lenin nunca fueron triviales y en un principio siempre provocaron el rechazo del resto de la dirección del partido, pero sin embargo contaron con el apoyo de las bases.

Lenin supo trabajar con la *incertidumbre*, supo diseccionarla, calcular los riesgos. Las previsiones de Lenin se cumplían con una alta exactitud (al contrario que las profecías de Marx sobre las revoluciones proletarias en Occidente). Leyendo los materiales de trabajo de Lenin, uno llega a la conclusión de que la cuestión no reside en un particular “don de la adivinación”, sino en el método de trabajo y en el tipo de modelo de pensamiento. Entendía de forma aguda los fenómenos de umbral y los efectos de la cooperación. Partiendo de sobrias valoraciones de la dinámica del presente, “proyectaba” el futuro y en los momentos de aguda inestabilidad empujaba los acontecimientos por el corredor necesario. En el dominio de este arsenal intelectual se adelantó a su tiempo casi en un siglo.

Así, en el análisis de la dinámica de los procesos posteriores a Febrero de 1917, tuvo en cuenta el hecho de que las fuerzas que habían llegado al poder como resultado de aquella revolución, sino eran desalojadas del poder con la suficientemente rapidez, conseguirían realizar una distribución de la propiedad, una reestructuración del personal de la administración estatal y una actualización (legitimación) del poder. Como resultado el nuevo poder recibiría un crédito de confianza y ya después de un corto periodo de tiempo el contraataque sobre la marcha resultaría imposible, lo que significaría que cambiar el vector de desarrollo costaría muchas víctimas.

Partiendo de estas premisas, Lenin identificó con exactitud el periodo de tiempo, el momento, cuando todavía era posible derrocar el gobierno burgués prácticamente sin sangre. Era necesario hacerlo aprovechando la propia ola de la revolución de Febrero, mientras aún no había sido establecido un nuevo orden estatal, mientras todo estaba en la “encrucijada” y las gentes se encontraban en

situación de “elección”, pero cuando ya se habían apagado las esperanzas de que Febrero iba a responder a las aspiraciones de la inmensa mayoría, es decir, a las aspiraciones del campesinado. En este sentido, la revolución de Octubre estuvo estrechamente vinculada a la de Febrero y fue un gran logro del pensamiento revolucionario.

Estos cálculos y reflexiones fueron hechos en el periodo en que los Kadetes, los mencheviques y los ESER (competidores los dos últimos de los bolcheviques en el campo socialista) y los especialistas extranjeros estaban seguros de que los “rojos” no se mantendrían en el poder más allá de unas cuantas semanas. Así, por ejemplo, el escritor M. M. Prishvin, considerado un observador especialmente perspicaz, escribió el 15 de julio de 1917 en su diario lo siguiente sobre los “marxistas, socialistas y proletarios”: “Me dan ustedes pena, porque en un periodo muy corto de tiempo serán expulsados y la huella de su desaparición no será alumbrada por el fuego de la tragedia... Y les digo mi última palabra y ustedes mismos deberán ahora sentirla: sus días están contados”.

He aquí otra cita de la descripción de la revolución de Octubre perteneciente a E. Fisher, un autor socialista occidental: “Aunque los bolcheviques tenía detrás de ellos a las amplias masas de obreros y campesinos, la revolución socialista en Rusia no fue una necesidad lógica. Es un mérito de Lenin, de la naturaleza de su partido, de la inmensa concentración de valentía, razón y voluntad. Este prevailecimiento de la importancia de los factores subjetivos, en este caso la voluntad, unidos a un alto nivel de conocimiento, resultó decisivo y condujo a la victoria y a unas consecuencias sin precedentes. Precisamente la consolidación de esta victoria parecía un milagro casi imposible, sobre todo cuando personas no precisamente de las más estúpidas en Occidente vaticinaban su caída apoyándose en argumentos muy convincentes”.

Pero la cuestión no reside en la estupidez de los politólogos occidentales ni en el alto nivel de conciencia de los trabajadores y de los campesinos de Rusia, sino en su *diferente tipo de conciencia*. Los intelectuales de Febrero y los socialdemócratas occidentales seguían el modelo de las revoluciones burguesas occidentales, elaborado por Marx. Pero Rusia no es Occidente, y la imitación de estos modelos revolucionarios occidentales resultaron ser un callejón sin salida. Estos intelectuales pensaban y reflexionaban en el marco de la modernidad del siglo XIX, en el paradigma de la *ciencia del ser*. Por desgracia, demasiados de estos intelectuales pensaron que la revolución de Octubre era “incorrecta”, lo que condujo inevitablemente hacia la guerra civil. La capacidad de previsión de

la intelligentsia rusa en aquellos momentos no fue muy alta (por cierto, como a finales del siglo XX).

Es más, tanto en Rusia como en Occidente la mayoría de la intelligentsia de izquierdas consideró que la “revolución en Rusia no era una necesidad lógica”. De acuerdo con los cálculos de Marx, en Rusia de momento era suficiente con derrocar a la monarquía, desmembrar el imperio y crear condiciones óptimas para el desarrollo del capitalismo.

Veamos un extracto de la carta (“testamento político”) del líder de los mencheviques Akselrod, dirigida a Martov en el año 1920: “Desde el primer día de su aparición en Rusia, el marxismo empezó a luchar contra todas las variantes rusas del socialismo utópico que proclamaban a Rusia como el país llamado históricamente a saltar desde la servidumbre y el semiprimitivo capitalismo directamente al reino del socialismo... Al llevar a cabo el golpe de Estado de octubre, ellos [los bolcheviques] cometieron una traición de principio y pusieron en marcha una aventura criminal erostrática... ¿Dónde se encuentra la salida de este callejón sin salida? La respuesta a esta pregunta reside en la organización de una intervención internacional socialista contra la política bolchevique... y a favor de la restauración de los logros políticos de la revolución de Febrero-Marzo”.

Vaya explosión de odio contra el proyecto soviético. Una guerra no por la vida, sino una guerra a muerte. Un llamamiento a la organización de una intervención militar internacional socialista. ¡¡Y estas personas eran los fundadores del Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores!!! ¡¡Marxistas y Socialistas!!!

Al contrario, el 5 de enero de 1918 Gramsci escribió:

Los hechos han provocado una explosión que ha esparcido en trozos aquellos esquemas, de acuerdo con los cuales la historia de Rusia debía seguir los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques han negado a Marx. Ellos han demostrado con los hechos, con sus conquistas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como pudieran parecer... En este momento los maximalistas han sido la expresión natural de la acción biológicamente imprescindible para que Rusia no sufriera la más terrible decadencia; para que el pueblo ruso, implicándose en un gigantesco e independiente trabajo para su restablecimiento, soporte con los menores sufrimientos posibles los violentos mordiscos del lobo hambriento; para que Rusia no se convierta en un sangriento enfrentamiento de fieras, devorándose unas a otras.

En el hecho de que Rusia, sencillamente y sin elecciones, entregara el poder a los bolcheviques, Gramsci vio una ley biológica, una percepción irracional de que era el único camino para sobrevivir a la catástrofe. Este pensamiento fue expresado más tarde, de otras maneras, por algunos contrincantes políticos de Lenin. Berdiaev escribió: “Rusia estaba amenazada por una anarquía total, una decadencia anárquica, que fue detenida por la dictadura comunista, que encontró las consignas a las que el pueblo aceptó someterse”. Incluso el miembro de las Centurias Negras, Nikolskii, reconoció que los bolcheviques construyeron una nueva estatalidad actuando como “el arma inevitable de la historia”, “soportando tales inhumanas presiones, que no hubiesen podido soportar ninguno de los demás líderes políticos de entonces”.

Una de las cualidades más importantes de Lenin era la capacidad de analizar con sangre fría la disposición y el movimiento de todas las fuerzas políticas más importantes, de mirar a los ojos de la realidad y explicarla a las personas sin intentar nunca engañar a nadie. Lenin elaboró un tipo particular de textos muy claros y equilibrados. Si los comparamos con los textos de Kadetes como Struve o Berdiaev, autores contemporáneos de Lenin, apreciamos que los textos de estos brillantes escritores están llenos de sentimientos. También podemos compararlos con los textos de los políticos actuales, empezando por Gorbachov, y vemos que los de estos últimos están repletos de los famosos “ídolos de Bacon”: *los ídolos de la tribu, de la caverna, del mercado y del teatro*.

La complejidad de la situación de la Rusia prerrevolucionaria residía en la necesidad de la industrialización y la modernización, y llegó el momento en que fue necesario alcanzar al capitalismo y al mismo tiempo alejarse de él. La idea de la unión de los obreros y de los campesinos en una revolución para *evitar* el capitalismo les pareció a liberales y socialistas absolutamente herética. Y cuando Lenin en sus “Tesis de abril” asumió la estructura estatal que se desprendía de esta unión; el Estado de los Soviets (el Estado de los Consejos), en la élite de izquierdas se desató una terrible tempestad. “¡¡¡Son los desvaríos de un loco!!!”, gritó Plejanov.

La gran lección dada por Lenin residió en que supo penetrar y comprender la esencia de Rusia como civilización campesina, comprender el sentido de las ilusiones del campesinado y de los pueblos que conformaban en aquellos momentos Rusia, superando la presión de los conceptos y teorías dominantes en aquellos años.

Esto fue muy difícil porque a principios del siglo XX el marxismo en Rusia llegó a ser mucho más que una teoría y mucho más que una enseñanza, llegó a ser una forma de conciencia en la capa cultural de la sociedad. Por este motivo, Lenin como político solamente pudo actuar en el marco de la “lengua del marxismo” y consiguió prácticamente lo imposible: en su pensamiento y en su estrategia política siguió las exigencias de la vida real, pasando por encima de sus propios dogmas del pasado reciente, pero lo hizo sin forzar en exceso la confrontación teórica con sus compañeros.

Acercándose paso a paso a la comprensión de los fundamentos de la Rusia campesina, creando el “comunismo ruso” y tomando decisiones estratégicas fundamentales que entraban en contradicción con el marxismo, Lenin supo cumplir con su objetivo político sin entrar en conflicto con la conciencia social. Continuamente tuvo que rebajar ante los demás la originalidad de sus tesis escondiéndose detrás de Marx, detrás del proletariado, etc. Siempre, al principio, encontró resistencias en la dirección del partido, pero supo convencer a sus camaradas apoyándose en el sentido común, aunque hay que tener en cuenta que el partido se formó precisamente de aquellos que supieron combinar la “fidelidad al marxismo” con el sentido común. Los demás, los que no supieron llevar a cabo esta combinación, poco a poco fueron abandonando: Plejanov, los mencheviques, el BUND, los trotskistas, etc.

En aquellos momentos era muy difícil renunciar a la concepción de la historia de la humanidad introducida en la conciencia de la intelligentsia rusa por el sistema educativo. Entre la intelligentsia de izquierdas esta concepción del mundo había sido reforzada por la filosofía de Hegel y Marx. Hablamos del *eurocentrismo*, la fe en la existencia de un supuesto “único camino de la civilización”, con su correcta sucesión de etapas, sus formaciones históricas. Reconocer que Rusia es un país singular, que puede violar la marcha “correcta” de la historia, era, para el marxista con formación cultural europea, un paso muy difícil, ya que en el fondo suponía reconocer que los eslavófilos tenían razón, los cuales en el ambiente de los socialdemócratas eran vistos como reaccionarios arcaicos. Decir, como lo hizo Lenin, que “León Tolstoi es el espejo de la revolución rusa”, era una herejía. Y al mismo tiempo había que conseguir, como lo consiguió Lenin, no convertirse en un disidente, en un marginado en el ambiente socialdemócrata.

Lenin encontró un lenguaje y una lógica que le permitió no sólo no ser un profeta marginado, como suelen abundar en épocas de crisis, sino el creador y el líder de un movimiento de masas en continuo crecimiento. No entrando en conflicto con el marxismo, lo transformó en una enseñanza que encontró la

clave para la comprensión de los procesos sociales en las sociedades no occidentales. De esta manera, no sólo entendió las aspiraciones del campesinado y de las nuevas clases obreras no occidentales, sino que les dio la “palabra” en forma de una sólida teoría.

Lenin cometió errores, pero incluso estos errores resultaron *fructíferos*, porque contrastando sus conclusiones con la realidad renunció a sus antiguas convicciones, como hace de forma habitual un científico. En el año 1899 el joven Lenin escribió un libro en el marco del marxismo ortodoxo: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En este libro, Lenin hablaba sobre la inevitabilidad de la disolución de la comunidad campesina, sobre la desaparición del campesinado y de su división en burgueses y proletarios y sobre el carácter democrático burgués de la revolución en ciernes.

Sin embargo, la experiencia de las insurrecciones campesinas de 1902, de la revolución de 1905-1907, de los primeros pasos de las reformas de Stolipin le llevaron a una concepción radicalmente nueva: el campesinado no solo no se había disuelto y no sólo no se había conservado como una “clase en sí”, sino que actuaba como el portador de un gran potencial revolucionario. Lenin acabó comprendiendo que el fundamento programático del campesinado ruso era la superación de su propio proceso de disolución impuesto por el capitalismo, importado a su vez desde Occidente.

En realidad, ya en 1908 Lenin había renunciado de sus tesis principales expuestas en su libro en 1899 y reconoció que los populistas habían identificado de manera correcta los ideales, las aspiraciones del 85% de la población en Rusia, y por tanto de la futura revolución rusa. Esta nueva comprensión de la realidad convirtió a Lenin en el líder natural de la revolución.

Lenin mostró de forma convincente que el capitalismo en Rusia había sido instaurado como periférico, y llevaba a Rusia no en la dirección de progreso, sino a la regresión y al salvajismo. Por este motivo era posible y necesaria la unión de la clase obrera y el campesinado. La revolución que protagonizaría dicha unión no sería la revolución proletaria prevista por Marx que haría desaparecer a un capitalismo que habría agotado previamente su potencial, sino una revolución de un nuevo tipo que evitaría la instauración en Rusia de un capitalismo de tipo periférico. El programa de Lenin significó la ruptura con los marxistas ortodoxos, motivo por el cual, llegado el momento, los mencheviques acabaron aliándose con los liberales burgueses.

Renunciar a los propios principios elaborados en el pasado, que precisamente te han proporcionado autoridad y te han permitido agrupar en torno a ti a un determinado grupo de seguidores, para, sobre la base de un nuevo conocimiento, adoptar unos nuevos principios, es una cualidad psicológica poco común. Es una libertad y al mismo tiempo una responsabilidad del pensamiento que además no tiene miedo a perder el éxito precedente y el prestigio político conseguido. Hay que tener en cuenta que la publicación de “El desarrollo del capitalismo en Rusia” fue todo un acontecimiento, y la teoría desarrollada en él podía haber sido ampliada y desarrollada tanto en el plano científico como en el político. En definitiva, era necesaria una gran capacidad de entrega para enfrentarse con las autoridades intelectuales por él respetadas y honradas como fue el caso del propio Marx, de Plejanov y de los amigos y camaradas socialdemócratas.

En su teoría de la revolución Lenin llegó rápidamente a importantes leyes generales de evolución histórica que daban respuesta a las cuestiones críticas planteadas por muchos países y civilizaciones enteras. Eran los países que, situados en la periferia del sistema capitalista, sufrían con toda su crudeza la crisis del modelo de modernización impuesto por el capitalismo central. En el plano de las ideas, el leninismo significó el inicio del moderno movimiento de liberación nacional y el hundimiento del sistema colonial.

Este proceso afectó en especial a Asia. Hasta aquellos momentos Oriente había sido solo un objeto en manos de la política internacional de Occidente. Los papeles estaban distribuidos con exactitud: “Occidente es Occidente y Oriente es Oriente y sus lugares nunca se intercambiarán”. En la concepción leninista del mundo, Asia y África entraron en la arena política internacional como miembros de pleno derecho, como países en los que se avecinaban grandes revoluciones. Por este motivo Lenin fue considerado por los pueblos de Oriente no simplemente un político respetable, sino todo un símbolo de la revolución. Es conocida la carta de Mahatma Gandhi con motivo de la muerte de Lenin, la profunda valoración dada a los trabajos de Lenin por Sun Yat-Sen y Ho Chi Minh.

El marxismo-leninismo, que fue desarrollado de acuerdo con las particularidades de cada cultura, estableció la trayectoria del pensamiento y de la práctica social y política de los países donde vive la mayoría de la población de la Tierra. Y esta influencia no ha desaparecido con la derrota del proyecto soviético en Rusia, solamente ha evolucionado a un nuevo estadio de desarrollo. La serie de revoluciones que empezaron en Rusia continuaron después por todo el mundo y continúan en la actualidad adoptando nuevas formas. La revolución, como

podemos apreciar, no ha terminado ni siquiera en Rusia. Los graves problemas acallados y enmascarados por un tiempo ya han comenzado a aflorar de nuevo. Rusia ha sido empujada de nuevo a la misma encerrona histórica: el capitalismo mundial de nuevo nos explota, el país de nuevo es desmembrado por los nacionalistas. Y de nuevo, como a principios del siglo XX, nuestra economía es parasitada por el sindicato criminal internacional, que ha creado un poder estatal paralelo en la sombra.

Muy importante para aquel tiempo, y en la actualidad, fue el concepto de imperialismo desarrollado por Lenin como una nueva cualidad del sistema capitalista mundial. Marx en *El Capital* adoptó un modelo abstracto de expansión equilibrada del capitalismo por todo el mundo. De acuerdo con dicho modelo, el agotamiento de las posibilidades de desarrollo del capitalismo llevaría a la revolución proletaria mundial. Esta concepción errónea del mundo fue superada por la concepción teórica del leninismo. El mundo no se convertía de forma uniforme en capitalista, sino que en la zona de capitalismo desarrollado pronto apareció un “centro” constituido por una pequeña cantidad de países imperialistas y una “periferia” formada por colonias y semicolonias, explotadas por este centro. En sus rasgos fundamentales esta estructura del mundo, que nosotros en la actualidad llamamos globalización, ya fue definida y descrita por Lenin.

De la concepción de imperialismo y del capitalismo periférico se desprende que en la periferia se desarrolla un potencial revolucionario de otro tipo diferente al de la metrópoli. Son las revoluciones contra la opresión y la explotación capitalista que confluyen en multitud de casos con los movimientos de liberación nacional y que tienen como fuerza principal no solo al proletariado, sino las amplias alianzas, principalmente con el campesinado. Solo con esto ya se formó una base teórica y de praxis revolucionaria que superaba el dogma principal del marxismo, según el cual la revolución debería comenzar en los países del capitalismo desarrollado. Cambió hasta el propio concepto de “revolución mundial”. Hablando con propiedad, la revolución rusa fue el inicio de la “revolución mundial”, la cual se extendió por países donde vivía y vive la mayoría de la humanidad, y que, efectivamente, eran países campesinos como China, India, Méjico, Indonesia, etc. Occidente evitó en su seno estas revoluciones (más exactamente, pudo aplastar sus propias “revoluciones campesinas”), pero también es evidente que no sólo en Occidente viven las personas.

¿Qué determina el éxito de una política y de un líder? Como suele decirse, la capacidad de comprender las aspiraciones populares y separarlas de opiniones e ideas convencionales que frecuentemente contradicen estas aspiraciones. Sería más exacto decir las aspiraciones de aquella parte del pueblo sobre la que se apoya y cuyos intereses representa en la política. Precisamente en estos aspectos, considero que se manifestó en todo su apogeo las cualidades del pensamiento de Lenin. Con sensibilidad, como si él mismo fuese un instrumento de precisión, captaba las aspiraciones populares ocultas bajo las opiniones inestables. El escritor Prishvin se asombraba en el verano de 1917: “¿Quiénes son estos bolcheviques? Les maldicen, pero todo resulta tal y como ellos plantean”.

Pienso que un ejemplo concreto de esta cualidad política puede ser considerado el debate sobre la paz inmediata y el consecuente Decreto sobre la Paz proclamado el día 25 de octubre de 1917. La paz estaba estrechamente relacionada con la principal aspiración de los campesinos (no olvidemos que representaban el 85% de la población): la nacionalización de la tierra. Por contraste en las ciudades, sobre todo en las capitales (Moscú y S. Peterburgo tenían ambas la condición de capitales), era popular la consigna “guerra hasta la victoria final”, teniéndola incluida en sus programas políticos incluso los mencheviques y los ESER, en coalición con los Kadetes. Algo similar ocurrió con la Paz de Brest.

Otro ejemplo fue la renuncia a la idea del capitalismo de Estado, por la que había apostado Lenin a principio del año 1918. Los bolcheviques no querían nacionalizar las industrias y fábricas y se resistieron a ello con todas sus fuerzas. Pero precisamente era ésta una aspiración de los obreros, como la nacionalización de la tierra lo era de los campesinos. Los obreros sabían que las esperanzas puestas en el capitalismo de Estado eran una utopía, que los propietarios de las fábricas no lo aceptaban y preferían deshacerse de las materias primas antes que continuar con la producción. Lenin reconoció que los obreros llevaban razón. En esta situación, como en el caso de la tierra, se generó una situación que Bertolt Brecht denominó: “los dirigidos guían a los dirigentes”.

En la política es importante la lógica, los argumentos convincentes, las conclusiones claras y la previsión de las consecuencias. Son necesarias las decisiones tomadas, no sólo con el corazón, sino tomadas sobre una base científica o cuasi científica. En este sentido, el partido leninista fue precisamente un partido de nuevo tipo. Lenin fue el primero que incorporó a la política el tipo de pensamiento científico, y esto a pesar de que en el partido había pocos científicos. Al contrario, por ejemplo, que dentro del partido Kadete, donde

había muchos científicos, pero cuando lees sus materiales encuentras que no hay nada del método científico. Sólo patetismo, omisiones y mística.

Los bolcheviques fueron un caso especial en toda la historia política. ¿Podemos imaginarnos a Mussolini, Churchill, Reagan o Eltsin escribiendo el libro *Materialismo y empiriocriticismo*? ¿Podemos imaginarnos que los militantes de sus respectivos partidos estudiarían este libro en las cárceles? Hay hoy día algunos que dicen que en este libro Lenin se equivocó y cometió algunos errores, que en vano ofendió a Mach, etc. Eso son minucias. Lo importante no son tanto las reflexiones de Lenin sobre algunas cuestiones científicas puntuales, sino la propia problemática que el libro plantea. Importante, especialmente importante, es el hecho de que Lenin recomendó a los bolcheviques interesarse y reflexionar sobre la crisis de concepción del mundo por la física.

Lenin comprendió e introdujo en la vida del partido principios fundamentales: el programa y la ideología deben estar ligadas de la forma más estrecha con el cuadro del mundo que se ha formado en el pensamiento de las gentes. “Así está construido el mundo”, ese es el último argumento. Pero si el cuadro del mundo evoluciona, cambia, como ocurrió a principios del siglo XX, entonces el partido está obligado a comprender esta crisis y expresarla en su propio lenguaje, con su propia lógica, en su propia cultura. En la Rusia de principios del siglo XX, fueron precisamente los bolcheviques los que se destacaron en este aspecto y avanzaron diferenciándose profundamente de los demás partidos. Esto, por ejemplo, lo “sintieron” de forma especial los poetas que sufrieron agudamente la crisis en la percepción de cuadro del mundo: Blok, Jlebnikov, Briusov, Maiakovskii.

Lenin desarrolló y promocionó una serie de concepciones fundamentales que establecieron la estrategia de la revolución soviética en la primera etapa de su construcción e incluso del movimiento mundial de liberación nacional de izquierdas. Aquí resaltaremos sólo algunos aspectos que la historia soviética dejó en la sombra:

1. Lenin consiguió establecer el “derecho de los rusos a su autodeterminación en la revolución”, es decir a su autonomía frente a los grandes dogmas del marxismo y de la Segunda Internacional.
2. Al crear la Internacional Comunista, Lenin elevó a un nuevo nivel el problema de la inconmensurabilidad de Rusia y Occidente, el problema de la mutua traducción de los conceptos y definiciones de las ciencias sociales de estas dos civilizaciones. Este problema ha quedado sin resolver, pero al menos fue planteado. Y nosotros percibimos como nos fueron necesarios

en los años 80 y 90 del pasado siglo el desarrollo de algunos de los fundamentos de este problema. Incluso ahora nos faltan a todos.

3. Lenin planteó y resolvió de manera satisfactoria el problema de la salida de la revolución (su control) después de 1917. En este asunto jugó un importante papel el pensamiento sistémico presente en él, y el sentido de la dinámica de los procesos no lineales en el ámbito de la “ciencia del establecimiento”. Aquí era imprescindible la institución de nuevos institutos sociales sobre la base de la secuencia de innovaciones (como el comunismo de guerra, la nacionalización de la industria, la NEP), sobre los que antes de Octubre ni siquiera se había reflexionado.

4. Lenin propuso un nuevo método de “reagrupación” del pueblo ruso tras la gran catástrofe de la revolución, y más tarde la reagrupación de los territorios del “imperio” sobre un nuevo fundamento: la URSS. Este mecanismo fue tan efectivo e innovador que todavía produce la admiración entre los especialistas contemporáneos en etnología. La posterior experiencia del siglo XX nos ha mostrado la impresionante fuerza que tienen las insurrecciones étnicas nacionalistas, y el mundo tiene todavía por delante insurrecciones sobre base étnica mucho más catastróficas.

Las innovaciones llevadas a cabo por las dos generaciones siguientes de bolcheviques en el periodo conocido como “estalinismo” es una cuestión muy especial. Este fue el periodo de realización del proyecto soviético. Weber denominó a tales programas como “institucionalización del carisma”. Tras el establecimiento de nuevas formas sociales comienza la construcción masiva y la consolidación de estas nuevas formas. En la Unión Soviética este fue un periodo de innovaciones fundamentales: la colectivización, la industrialización soviética, la creación del nuevo sistema educativo, de la nueva escuela y de la universidad, del nuevo sistema científico, la creación de las nuevas fuerzas armadas soviéticas, los novedosos programas científicos como el atómico y el cósmico. El examen que constató la estabilidad y validez de estas innovaciones fue la Gran Guerra Patriótica.

No quisiera terminar sin exponer, aunque sea de forma sucinta, los grandes problemas que no consiguieron ser previstos, y que son una importante asignatura para la investigación. Me refiero a los riesgos y las amenazas, a los cambios inevitables en la sociedad y en el Estado en el curso del largo proceso de desarrollo. Para estos problemas, en la época de Lenin y Stalin todavía no había

sido elaborada la metodología adecuada, sólo se disponía de los presentimientos. Además, las obras de Lenin y Stalin no están elaboradas de forma consecuente en grandes trabajos teóricos similares a *El Capital*. Están expresados en forma de una gran cantidad de trabajos, resoluciones, réplicas, contrarréplicas, intervenciones relacionadas con cuestiones prácticas de la política cotidiana. Esta particularidad ha supuesto una gran dificultad para la comprensión de esa gran herencia, pero no pudo ser de otra manera. En nuestras ciencias sociales se consideró más importante y en lo fundamental se estudió sólo el aspecto político de las obras disponibles de Lenin, aunque para las nuevas generaciones también era muy importante la metodología de sus trabajos y decisiones, a los cuales apenas si se les prestó atención y continuaron inaccesibles para amplios círculos de la intelligentsia y de la juventud.

Pero es que, por otro lado, no hubo ni tiempo. Cada generación tuvo que resolver los problemas que les eran más acuciantes para su supervivencia. Y así, la resolución de los problemas actuales recae sobre nuestros hombros.

Es conocido que Lenin observó y previó, como más tarde lo hizo Stalin, que conforme se producía el desarrollo de la sociedad soviética, en su seno se constituiría un tipo nuevo de “estamento”, lo que vino después en llamarse “burocracia”, y que los intereses “estamentarios” de las élites serían un grave peligro para el sistema social soviético. Y así ocurrió.

Ni por Lenin ni por Stalin llegaron a ser elaboradas ideas fundamentales sobre cómo contrarrestar este grave fenómeno. Pero es que tampoco han sido elaboradas por nadie a día de hoy, y por este motivo, la “amenaza” que supone el poder de las élites contra Rusia no hace más que aumentar.

Lenin sobrevaloró la estabilidad de las concepciones del mundo de los trabajadores, la racionalidad de la conciencia social y la capacidad de éstas para determinar las relaciones sociales. Lenin no prestó una adecuada atención a la crisis cultural que debería acompañar, como así fue, a la industrialización y a la urbanización, y por tanto, al rápido cambio de los modelos de vida en la mayoría de la población. Esta crisis y el inevitable cambio generacional dejaron en gran medida sin contenido a aquel comunismo campesino que había sido en su momento la concepción del mundo matriz del sistema soviético. Era necesario el cambio de lenguaje y de la lógica legitimadora del orden social de la URSS, pero esta cuestión no había sido puesta todavía en el orden del día y nadie se preparó para ello, ni el Estado ni la sociedad.

Las ciencias sociales no resultaron ser las adecuadas para la resolución de tales problemas en una sociedad socialista, con una ideología que conectaba muy mal con la realidad. Pareció que los problemas que estaban apareciendo en la conciencia social podían ser resueltos con métodos administrativos y excepcionales, pero ya desde finales de los años 50 se perdió el control sobre la evolución de estos problemas.

La sociedad soviética de las décadas de los años 30 a los 50 estaba consolidada por una solidaridad “mecánica”, es decir, la inmensa mayoría de la población por su tipo de vida y su tipo cultural, por sus concepciones del mundo se sentía muy unida. Sobre todo tras la Guerra Civil y hasta el final de la década de los 50 la sociedad se encontró en una situación de “unidad de los trabajadores por encima del sentimiento de clase”. La guerra, la tragedia primero y la victoria después, unió todavía más a las gentes soviéticas. La masa fundamental de la intelligentsia y los trabajadores del aparato estatal, incluso todos aquellos que tenían educación universitaria superior, habían salido de la clase obrera y del campesinado. Ellos habían construido la Unión Soviética y por su propia experiencia sabían por qué y para qué lo habían hecho.

En el curso de la industrialización, la urbanización y el cambio generacional la filosofía del comunismo campesino ruso perdió su fuerza y ya en los años 60 del siglo XX había agotado su potencial, aunque sus fundamentos principales se conservan y están vigentes al día de hoy en forma inconsciente en la conciencia colectiva. Salió a la arena social una nueva generación que no conocía ni la guerra, ni el hambre, ni las catástrofes masivas. Aparecieron una gran cantidad de profesiones diferentes, de subculturas, unidas por sus propios valores y normas particulares, por sus propias autoridades. La solidaridad mecánica se vio debilitada y ante la sociedad apareció un nuevo problema: crear un complejo tejido de “solidaridad orgánica”. Elaborar una nueva matriz para la consolidación en torno al proyecto soviético de un gran número de subculturas que se bifurcaban por multitud de caminos y vericuetos resultó ser un empeño muy difícil.

Para la integración de la sociedad soviética y la conservación de la hegemonía de su sistema político era necesaria la construcción de una nueva base ideológica en la que el sistema soviético fuese expresado en un lenguaje racional, sin apelar al sentimiento mesiánico ni al comunismo campesino. Por otro lado, los viejos, los miembros de la vieja guardia, no vieron ni percibieron este problema, ya que en su propia conciencia el bolchevismo continuaba todavía vivo. Mientras, las nuevas generaciones de la nomenclatura buscaron respuestas a este problema,

percibido por ellos de forma intuitiva, en el marxismo, donde ya no era posible encontrar respuesta.

A los adolescentes y jóvenes de los años 1970 y 1980 el Estado continuaba hablándoles en un lenguaje que ellos ya no comprendían y por tanto dejaron de tomarlo en serio. El conocimiento intuitivo de las viejas generaciones no fue traducido a la lengua de las nuevas y el conocimiento formal no resultó adecuado para entender la realidad. Ahora, comprender y recomponer los elementos dispersos del saber sobre la revolución y la primera etapa del sistema soviético le corresponde a la juventud actual, sin ayuda de nadie.

Recibido: 12 de abril de 2017

Aceptado: 20 de mayo de 2017

Serguie Kará-Murzá (Moscú, 1939) es Licenciado en Ciencias Químicas por la Universidad Estatal de Moscú, Doctor y Catedrático de Historia de la Ciencia en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Estatal de Moscú. Autor de más de 40 monografías, fue Director de Área del Centro de Análisis del Desarrollo Socio-Económico y Científico-Técnico de la Academia de Ciencias de la URSS y, desde 2007, es Investigador Principal del Instituto de Investigaciones Sociales y Políticas (Academia de Ciencias de Rusia).